



Reflection from Fr. Joey Evangelista, MJ
Seventeenth Sunday in Ordinary Time– Year A

Running shoes were expensive when I was growing up in the Philippines. Only well-to-do families could buy their children running shoes, which became a status symbol. I wore regular shoes that didn't look too bad, though they weren't very comfortable, but they did the job of protecting my feet and made me look decent at school. I would look at the chic running shoes that a few of my classmates wore and not think much of it, since I knew I would never have a pair because we could not afford them.

I will never forget how happy I was when my parents bought me a pair one day! I could not believe it. I held the pair of shoes in my hands for a long time, marveling at them, and the smell of a new pair of running shoes seemed just divine. I could not go to sleep that night because I kept staring at them on the floor. I would have slept hugging them if I could, but I shared the bed with my two siblings and there was not enough space. I loved that pair of shoes so much that I didn't even wear them for the first week. When I did start wearing them, I was mindful of where I stepped and stopped playing at recess, afraid that I would ruin them. I babied those shoes.

When something is of value to us, we go to great lengths to care for it. I cared for my very first running shoes when I was a kid because they were valuable to me then. The treasure in the gospel reading, as well as the fine pearl, were also of such value that the people who found them went to great lengths so that they could be theirs. The Lord was explaining to his disciples that the kingdom of heaven should be valued in that same way. We, too, should go to great lengths so that we become part of the kingdom of heaven.

Solomon shows us in the First Book of Kings that to truly value the kingdom of heaven means to serve others and to have an understanding heart to help distinguish right from wrong. To truly hold the kingdom of heaven in high regard means to value the service of others more than long life, wealth, or the death of our enemies.

The psalms also show us that if the kingdom of God is truly valuable to us, then we should single-mindedly conform our lives to the will of God: "Lord, I love your commands... Wonderful are your decrees; therefore I observe them." Paul's Letter to the Romans makes it clear that to truly give our lives to the kingdom means to follow Jesus—that we should be "conformed to the image of his Son." The Old Testament points us to how to truly value the kingdom, and the gospels reveal to us that the perfection of this value is found in the person of Jesus Christ.

At the end of the age, there will be one thing that differentiates those who truly value the kingdom of heaven from those who do not: a life lived like that of Jesus. The kingdom of heaven is not merely something that we hold in high esteem, but a way of life. To truly belong to the kingdom does not mean merely knowing it and valuing it; more importantly, it means living it every day in the way Jesus Christ did.

Reflexión del Padre Joey Evangelista, MJ
XVII Domingo Ordinario– Ciclo A

Los tenis de marca eran caros cuando crecí en Filipinas. Solo las familias con recursos podían comprárselos a sus hijos, y se convirtieron en un símbolo de posición social. Yo usaba tenis comunes que no se veían tan mal, aunque no eran muy cómodos; pero cumplían su función de proteger mis pies y me hacían parecer decente en la escuela. Me quedaba mirando los elegantes tenis que llevaban algunos de mis compañeros de clase sin darle mucha importancia, ya que sabía que nunca tendría un par porque no podíamos pagarlos.

¡Nunca olvidaré lo feliz que me sentí cuando un día mis papás me compraron un par! No podía creerlo. Sostuve el par de tenis en mis manos durante mucho tiempo, maravillándome con ellos, y el olor de un par de tenis nuevos me parecía simplemente divino. Esa noche no pude dormir porque no dejaba de mirarlos en el piso. Me hubiera gustado dormir abrazándolos si hubiera podido, pero compartía la cama con mis dos hermanas y no había suficiente espacio. Amaba tanto ese par de tenis que ni siquiera los usé durante la primera semana. Cuando por fin comencé a usarlos, prestaba mucha atención a dónde pisaba y dejaba de jugar en el recreo, con miedo de estropearlos. Los cuidaba con mucho cariño.

Cuando algo tiene valor para nosotros, hacemos todo lo posible por cuidarlo. Yo cuidé mis primeros tenis de marca cuando era niño porque en ese entonces eran valiosos para mí. El tesoro de la lectura del Evangelio, así como la perla preciosa, también tenían tal valor que las personas que los encontraron hicieron todo lo posible para que fueran suyos. El Señor les explicaba a sus discípulos que el reino de los cielos debe valorarse de la misma manera. Nosotros también debemos hacer todo lo posible para formar parte del reino de los cielos.

Salomón nos muestra en el Primer Libro de los Reyes que valorar verdaderamente el reino de los cielos significa servir a los demás y tener un corazón comprensivo que ayude a distinguir el bien del mal. Tener verdaderamente en alta estima el reino de los cielos significa valorar el servicio a los demás más que la larga vida, la riqueza o la muerte de nuestros enemigos.

Los salmos también nos muestran que, si el reino de Dios es verdaderamente valioso para nosotros, entonces debemos ajustar nuestras vidas con determinación a la voluntad de Dios: «Yo amo, Señor, amo tus mandamientos... Tus preceptos, Señor, son admirables, por eso yo los sigo». La Carta de Pablo a los Romanos deja claro que entregar verdaderamente nuestras vidas al reino significa seguir a Jesús —que debemos reproducir «en sí mismos la imagen de su propio Hijo». El Antiguo Testamento nos indica cómo valorar verdaderamente el reino, y los evangelios nos revelan que la perfección de este valor se encuentra en la persona de Jesucristo.

Al final de los tiempos, habrá una cosa que diferencie a quienes verdaderamente valoran el reino de los cielos de quienes no lo hacen: una vida vivida a la manera de Jesús. El reino de los cielos no es simplemente algo que tenemos en alta estima, sino una forma de vida. Pertenecer verdaderamente al reino no significa simplemente conocerlo y valorarlo; lo más importante es vivirlo cada día tal como lo hizo Jesucristo.